

CAPÍTULO PRIMERO

CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS

I. CONSIDERACIONES TEÓRICAS

El cambio de una sociedad está relacionado con las transformaciones en su entramado cultural. La cultura, como dimensión simbólica de las prácticas sociales, define no solo los significados y los valores, las nociones a partir de las cuales los miembros de un grupo se piensan a sí mismos, y aprehenden aquello que les rodea, sino que define también su forma de comportarse ante el entorno.³ La cultura nos remite así a la conducta y a las acciones de una colectividad, a la presencia de cosmovisiones, de un *ethos* y de un sistema de valores (Geertz, 1987).

Los valores son representaciones cognitivas y afectivas socialmente compartidas de las necesidades personales y sociales y de los medios para satisfacerlas (Rokeach, 1979: 50). Constituyen un sistema apreciativo, el juego total de criterios conceptuales-afectivos para un comportamiento preferido, esencial, no solo para enfrentar el mundo, sino para la constitución de una sociedad perdurable.

Los valores poseen un contenido cultural y son moldeados por las restricciones y oportunidades de un sistema social y de un medio ambiente físico. Son componentes en la guía del comportamiento anticipatorio, pero también tienen que ver con el pasado, ya que sirven para justificar o explicar conductas o hechos anteriores.

Como una de las dimensiones de la cultura, las valoraciones se pueden referir a cualquier objeto existente, incluyendo a los símbolos y a las ideas como tales, sirviendo como criterios para juzgar a los propios sistemas sociales.⁴

³ Entendemos a la cultura como “—el conjunto de formas simbólicas— esto es, comportamientos, acciones, objetos y expresiones portadoras de sentido— inmersas en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados, dentro y por medio de los cuales, dichas formas simbólicas son producidas, transmitidas y consumidas” (Giménez, 1987).

⁴ Por valor, en su sentido filosófico, se entiende cualquier objeto de preferencia o de selección, así como la posibilidad de selección. En el dominio de la ética se denomina valor

El término “valores” se ha usado de maneras diversas para referirse a intereses, placeres, gustos, preferencias, obligaciones morales, deseos, metas, necesidades, aversiones y atracciones, y muchas otras clases de orientaciones selectivas. Con el fin de evitar esa lasitud del concepto, se ha insistido en que en el núcleo del fenómeno está la presencia de criterios o estándares de preferencias. Los valores sirven como criterios de selección en la acción.

La fusión de elementos afectivos y conceptuales es una marca distintiva del fenómeno valorativo. Esta fusión directa de lo cognitivo-conceptual con elementos imperativos es una característica de los valores. El acto más importante de la valoración es identificar y definir las entidades relevantes, nombrarlas: como por ejemplo, decidir entre identificar “tejido fetal” o “un feto vivo” *versus* su concepción como “un bebé”, o distinguir entre “delincuente juvenil” y “criminal”, o “centralismo democrático” *versus* “dictadura autoritaria”. Los valores nombran, sirven para llamar a las cosas, personas o situaciones, y aportan elementos para la identificación. Son creadores de elementos de identidad.

Así, un sistema de valores es un juego organizado de estándares preferenciales que son utilizados para efectuar selecciones de objetos y acciones, resolviendo conflictos, invocando sanciones sociales y encarando necesidades o demandas de defensa psicológica y social de las opciones elegidas. “Los valores son componentes en la guía del comportamiento anticipatorio y orientado a metas, pero también proporcionan un antecedente para justificar o explicar la conducta pasada” (Rokeach, 1979).

Las valoraciones se pueden referir a cualquier objeto existente, cualquiera que sea, incluyendo a las ideas y a los símbolos como tales. Las estructuras y los procesos sociales pueden ser afectados por la variación en aquellos valores sostenidos por los actores sociales que tienen que ver con materias no sociales (objetos físicos, objetos culturales, personalidades, etcétera). No es sorprendente la especial importancia para cualquier análisis de los sistemas sociales la revisión de los valores, ya que los valores sirven como criterios para juzgar a los propios sistemas sociales.

Los valores son constitutivos de la estructura del sistema social; representan, “las concepciones del tipo de sociedad deseable, sostenidos por los

a los objetos de las selecciones morales. La noción de valor sustituye a la noción de bien en el siglo XIX. Posteriormente, se desarrollan un concepto subjetivo o empiricista y una concepción metafísica o absolutista de valor. Los valores, producto de la creación cultural, constituyen resortes conductuales: reglas socialmente compartidas (reductoras de la aleatoriedad en los contactos sociales — normas —) o reductoras de la aleatoriedad a nivel cognitivo (lógicas) y reglas por las cuales los propios valores o las propias conductas se expresan (códigos) (Rokeach, 1979).

miembros de una sociedad en referencia y aplicados a la sociedad particular de la cual ellos son miembros” (Parsons, 1968). Un patrón de valor define la dirección de una elección, y, en consecuencia, el compromiso con la acción. Cualquier sociedad debe cambiar en su constitución de valores para enfrentar problemas de adaptación; si bien debe retener cierta coherencia en sus sistemas apreciativos (basados en un consenso mínimo), o el orden social se rompería. La tensión normativa surge cuando las condiciones cambiantes crean situaciones en las que las normas establecidas no conducen ya a la obtención de metas o al logro de importantes valores aceptados (Rokeach, 1979).

De este modo, los valores constituyen lo que Vickers llama un sistema apreciativo, el juego total de criterios conceptuales-afectivos para un comportamiento preferido, esencial no solo para enfrentar el mundo, sino para la constitución de una sociedad perdurable.

Jóvenes y generaciones en México

Las profundas transformaciones culturales y sociales que han cambiado a México en los últimos treinta años han implicado de manera diferente y más o menos intensa a las diversas generaciones que han entrado progresivamente en la escena política y social del país.

Las investigaciones sobre la población desde los años sesenta hacen evidente la existencia de diferencias profundas vinculadas a la edad (Leñero, 1979). Los más jóvenes están más instruidos y han experimentado una movilidad social mayor que los más adultos, que tienen menor instrucción y menos movilidad, y están menos interesados en participar políticamente.⁵

En el plano de los valores, la edad se revela como una variable con mayor poder discriminante: los jóvenes en la mitad de los años noventa experimentaban en una mayor medida que la población adulta valores libertarios, igualitarios, favorables a la emancipación de la mujer, permisivos sobre el plano de la moral y progresistas en el plano político.⁶

⁵ Ello coincide con las observaciones señaladas por Inglehart (1977).

⁶ Véase, por ejemplo, las encuestas *Los mexicanos de los noventa. Una encuesta nacional de actitudes y valores*, México, IISUNAM, 2006 y las *Encuestas Nacionales de Juventud* de los años 2000, 2005 y 2010. Ciertamente es que las diferencias entre los diversos grupos de edad se deben también, en parte, a los efectos del ciclo de vida, y no solo a los cambios intervenidos en la experiencia formativa de las diversas generaciones. Solo la investigación longitudinal nos permitiría separar los dos aspectos y entender qué tanto ciertos núcleos de valores son duraderos y destinados a declinar con el envejecimiento biológico. Estudios de este tipo conducidos en un arco temporal suficientemente amplio aún no existen en México.

No obstante, se presentan dos paradojas que ilustran lo contradictorio y complicado de las realidades juveniles: ninguna generación había sido tan libre para decidir, al mismo tiempo que es dependiente tanto económica como materialmente. A la vez, “ninguna generación había tenido acceso a tanta información en todos los niveles, pero ninguna había estado tan desprovista de modelos formativos éticos integrales” (Feixa, 1997). Así, la creciente autonomía individual y cultural de los jóvenes contrasta con su mayor dependencia social y económica, lo que trae como consecuencia la prolongación de la socialización familiar y el deseo postergado de tener una identidad propia.

La escuela, convertida en crisol de clases sociales diversas, contribuye a la reproducción, y transmite de una generación a otra el patrimonio cultural de generaciones distintas. El hecho de permanecer varios años en la escuela no indica que se posea una mayor capacidad cognitiva, sino que la experiencia de formas de interacción y de sociabilidad de tipo horizontal, en las que prevalecen las relaciones entre pares, puede, en condiciones históricas particulares, constituir una base para una relación o un nexo generacional y la formación de una cultura relativamente autónoma.

La educación es vista como la forma de acceso a oportunidades de empleo y ascenso social. De allí que se convierte en una de las expectativas más generalizadas en la sociedad, y, desafortunadamente, en una de las menos cumplidas.

Son varios los procesos que han modificado las formas de la interacción social y de los mecanismos de socialización, lo cual contribuye a aumentar la diferenciación cultural. El primero fue el aumento de la movilidad social, que hasta la década de los ochenta caracterizó a la sociedad mexicana. El segundo, los cambios en la familia, y un tercero es el aumento de la participación política (Flores, 2002).

A. Movilidad social

La movilidad social, como señalaba Mannheim (1985) en la primera mitad del siglo XX, cuando se sobrepone e interactúa con la movilidad territorial, tiende a erosionar la certeza y la estabilidad de las concepciones tradicionales de mundo y a revelar una multiplicidad de modos de pensar y estilos de vida. Por otra parte, la movilidad vertical —de una clase a otra— y horizontal —de un espacio a otro— han contribuido a crear nuevas amalgamas, generando nuevas formas de estratificación, reduciendo antiguas divergencias culturales entre regiones geográficas y profundizando otras.

La movilidad social en la sociedad mexicana ha tendido a disminuir por las crisis económicas recientes. Las recurrentes crisis han imposibilitado el acceso de una buena parte de la población a bienes y servicios, y con ello, también a un capital cultural determinado.

Es importante marcar no solo el cambio de los valores, sino también destacar la relevancia política de esas diferencias. En este campo, el patrón de cambio de valores ha sido desigual, por lo menos desde la perspectiva parsoniana. Un cierto número de dimensiones de valor que pueden clasificarse dentro del *continuum* tradicional-moderno muestra un marcado movimiento hacia lo moderno; mientras que otras dimensiones muestran signos débiles del cambio.

Existen dos dimensiones con un fuerte potencial en el cambio de valores de los jóvenes en su relación con la política: una primera es el cambio en el énfasis de los valores de la *autoridad* hacia los valores de la *autonomía*, y la segunda está relacionada con el cambio de énfasis de los valores de la *conformidad* a los valores de la *apertura*.

La *autonomía* significa acentuar la igualdad más que las jerarquías; un individualismo autoafirmativo e independencia, más que la aceptación pasiva o la resignación sumisa. Una mayor valoración de la *apertura* es vital para crear un medio ambiente más libre y facilitar la autorrealización a través de la apertura a más ideas, actitudes más permisivas hacia nuevos estilos de vida y una mayor tolerancia y empatía con personas y grupos distintos. La *apertura* presenta al individuo mayores posibilidades de elección, y la *autonomía* coloca las oportunidades para elegir en sus propias manos, y ya no en las de otros, superiores en la sociedad.

Para los cambios en política, Joji Watanuki introdujo el concepto de política cultural, y lo definió como “Una política en la cual las brechas culturales causadas por las diferencias en los sistemas de valores tienen mayores efectos sobre la naturaleza del conflicto político que las brechas producidas por las diferencias económicas, o de status” (Scott *et al.*, 1991).

Los cambios en la sociedad han inducido cambios en los valores: la edad, la educación y el nivel de información surgen como las variables demográficas más asociadas con los cambios. En un número importante de las dimensiones valorativas las diferencias de edad reflejan un fuerte patrón intergeneracional de cambios en los valores.

Las tasas altas de cambio socioeconómico en la sociedad contemporánea han significado que cada nueva generación se haya socializado en contextos de condiciones sociales nuevas y distintas. Las modificaciones en el contexto social en el que han tenido lugar los procesos de socialización han creado diferencias sustanciales entre los valores sociales de las jóvenes gene-

raciones y las de sus padres y abuelos. Al mismo tiempo, la extensión de la educación primaria y secundaria han tenido un efecto independiente en los cambios en las preferencias de los valores.

Actitudes como el desinterés en la política, la baja participación en organizaciones, la desconfianza hacia los actores y las instituciones, particularmente hacia los partidos políticos y la percepción negativa del desempeño institucional, nos llevaría a referirnos a un proceso de desafección política.⁷ El pasado político no democrático y las escasas y negativas experiencias democráticas son, en definitiva, los principales agentes socializadores y reproductores de todas las actitudes de desafección política en las nuevas democracias.

Un elemento que complica el análisis es el hecho de que varias clases de valores distintos pueden estar cambiando al mismo tiempo, y eso hace difícil aislar qué juegos de valores, entre los que cambian, afectan a las actitudes políticas.

En conclusión, podemos señalar que no se puede asumir que todos los valores tradicionales atraviesan un proceso uniforme de cambio hacia la dirección moderna occidental; tampoco se puede pensar que porque algunos valores cambian, todas las dimensiones asociadas con ellos también están cambiando. Y finalmente, y esto es importante destacarlo, el cambio de valores en una sociedad no siempre contribuye al cambio político de esta última.

B. *¿La nueva esfera pública?*

Las condiciones actuales de producción del espacio público han contribuido a un cambio en los valores de las jóvenes generaciones. Las transformaciones del espacio público contribuyen a crear un cierto tipo de discurso y de imágenes que contrastan con los modos tradicionales de abordar el debate político.

Los procesos políticos en la sociedad moderna están basados en la negociación de intereses entre diferentes grupos, y sus diferencias son construidas y articuladas a través de los medios de comunicación masiva. Estos nuevos medios de comunicación implican una nueva *polis*, y la nueva *polis* implica a su vez nuevas concepciones del trabajo, de la ciudadanía, de la identidad, de la familia y de la privacidad. Los nuevos medios implican nuevos conceptos y responsabilidad, derechos y ética. Por ello no se refieren solamente a los cambios en la tecnología, sino también al cambio social, ya que implican:

⁷ Desarrollado por varios autores, como Scott Mainwaring en Estados Unidos, y en España Linz, Montero y Torcal, en estudios recientes.

- La producción y difusión institucionalizada de bienes simbólicos;
- El quiebre instituido entre la producción y la recepción;
- La extensión de la disponibilidad en el tiempo-espacio;
- La circulación pública de formas simbólicas.

Así, la nueva comunicación se convierte en la circulación de información y “bienes simbólicos” en “arenas de circulación”. La era de las comunicaciones no debería ser percibida como un fenómeno puramente tecnológico. Su impacto final es social y cultural, aunque el avance tecnológico sea un factor clave. Esta nueva era invita a un cambio en los patrones sociales y culturales.

Charles Poster, en un símil con el análisis habermasiano del papel de la prensa en la creación de una nueva esfera pública, señala que

...debemos considerar que estamos entrando en una nueva era de las comunicaciones con las tecnologías y los cambios culturales y sociales que inducen, confrontándonos con un nuevo tipo de esfera pública, muy distinta de los medios de comunicación masiva tradicionales, más participativa en su naturaleza y mucho más internacional. La era de la esfera pública, de la conversación cara a cara está terminada: la cuestión de la democracia debe por lo tanto, tomar en cuenta las nuevas formas del discurso mediado electrónicamente (Poster, 1995).

¿Cuáles son las condiciones del discurso democrático en este modo de información?, ¿qué tipos de sujetos hablan, escriben o se comunican en esas condiciones?, y ¿qué sujetos complejos se requieren para el intercambio democrático y la acción emancipatoria?

El sitio o locación en que se encuentran colocados los agentes o actos y objetos culturales altera los significados. En la época contemporánea, los movimientos de la sociedad adquieren una característica peculiar: no son ya exclusivamente una instancia de diálogo con los gobiernos, sino que se erigen como instrumentos del consenso social ante el resto de la sociedad, y, en particular, ante el capital y el poder financiero mundial.

De este reconocimiento surgen consecuencias para la investigación y para las políticas públicas dirigidas a los jóvenes. La política asiste hoy en día a un cambio de escenario en cuanto a las ofertas y a las demandas de los jóvenes. Esta nueva situación es el resultado de un cambio de escala a tres niveles:

En primer lugar, los procesos de extensión de las áreas urbanas, que se han traducido en cambios importantes en el territorio en cuanto al modelo

de crecimiento urbano, también han producido cambios significativos en las formas de vida de los individuos, incorporando una mayor movilidad en el territorio y fuera de él como pauta creciente en la vida de las personas.

En segundo lugar, los desarrollos tecnológicos y de los medios de comunicación han llevado a moldear las identidades también en torno al ocio y el consumo. Las trayectorias de vida y las transiciones a la vida adulta se complejizan en formas cada vez más individualizadas.

En tercer lugar, aparecen cambios en el sentido de las tendencias del ocio, del consumo y de los estilos de vida. La atracción de los jóvenes hacia ofertas masificadas concebidas a escala anuncia la aparición de nuevos perfiles de consumo y de prácticas.

Lo anterior trae aparejada la aparición de nuevos espacios, que responden a dimensiones territoriales y tipos de demandas alejadas de los usos tradicionales, en los ámbitos internacionales, tanto como en el ámbito nacional y en el local: responden a un tipo de actores (o sujetos) definido por su movilidad a una escala sin precedentes.

Pensar el diseño de políticas para los jóvenes en un futuro próximo supone plantearse este escenario en transición, que exige un esfuerzo en una triple dirección:

a) El proceso de urbanización que ha caracterizado la evolución de las ciudades medias y de las zonas metropolitanas en México durante los últimos decenios ha provocado la aparición de dinámicas que afectan tanto a los habitantes de las poblaciones como al territorio habitado. La fuerte migración al extranjero y la dramática migración interna provocan la relocalización de actividades económicas, y a estos procesos no han sido ajenos la oferta educacional y de trabajo, así como la aparición de nuevas demandas de capacitación, de tiempo libre y de consumo cultural.

b) Los fenómenos de metropolización y de globalización de la cultura urbana plantean una necesaria y quizá una fructífera reflexión sobre los conceptos normalmente utilizados para pensar a los jóvenes en las sociedades contemporáneas. Señala Nivón (2003) que “noción como ‘lugar’ o ‘hábito cultural’, normalmente entendidas como contenedores de identidad, pueden estar adquiriendo diferentes significados y valores añadidos en un contexto cultural que ha reformulado las relaciones entre los individuos y de éstos con el territorio” en un proceso de hibridización (García Canclini, 1993; Feixa, 2007).

c) Las formas de sociabilidad y la emergencia de nuevos modos de relación e interacción vinculados a los nuevos medios electrónicos y de redes suponen una incógnita y, a la vez, un reto de cara al futuro.

Las transformaciones sociales acaecidas en los últimos años, las migraciones internas e internacionales, el reclamo de las identidades y el reconocimiento de la multiculturalidad, el papel más activo y las nuevas formas que asume la ciudadanía para los jóvenes, entre otros elementos, han dado lugar a la aparición de nuevos actores y problemas sociales para los cuales no existen respuestas institucionales ni marcos legales adecuados. Se carece, en términos generales, de una visión sistemática y suficientemente amplia de las características y de las dinámicas de estos nuevos interlocutores.

II. METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

1. *¿Cómo se estudian los valores?*

La investigación de los valores no puede concentrarse en una sola disciplina (Flores, 2005). Por lo general, la mayoría de los estudios en psicología social y en las ciencias sociales se concentran en los problemas de persuasión, más que en los de educación y reeducación. Tienden a enfatizar los efectos de corto plazo, la conformidad del grupo y las técnicas de presentación y persuasión, más que los posibles efectos a largo plazo de la socialización, de la innovación educativa y de la cultura y sus efectos en el cambio de valores. Estos estudios no proporcionan una visión de largo plazo de la importancia de los valores profundos, elementos culturales centrales que definen, en parte, los límites de lo que es posible y pensable en la conducta humana y en una sociedad. Por lo tanto, son incapaces de dar cuenta de procesos importantes en la sociedad, y, desde luego, incapaces de explicar los procesos de cambio.

Los dilemas de definir los valores en la investigación son muchos, pero uno, que es crucial, es la opción entre una definición amplia y una definición estrecha de los valores. Las definiciones muy específicas fallan al tratar con fenómenos importantes que estamos forzados a reconocer como poseedores de propiedades valorativas. Las definiciones muy amplias tienden a establecer equivalencias entre igualdad y preferencias, deseos, gustos o satisfacción, dejando de lado el rasgo más distintivo de los valores; esto es, la autonomía parcial de los criterios de deseabilidad, del deseo, o del objeto deseado.

Con frecuencia, en los estudios sobre valores se señala que las diferencias entre los individuos o entre las sociedades se deben a la presencia o ausencia de valores particulares; no obstante, estas diferencias residen, más bien, en el arreglo o en la combinación de los valores, sus jerarquías y sus prioridades —o sea, en los patrones de valores—. Esto es, no solo en las

jerarquías o en las prioridades que se les otorgan de acuerdo con su importancia, sino también en otros modos importantes de establecer las relaciones entre valores.

Por lo tanto, las orientaciones sociales específicas de valor están hilvanadas en contextos más extensos de valor, y pueden ser interdependientes con cualquiera de las otras orientaciones. En cada área principal del espacio total de los valores pueden desarrollarse muchas dimensiones o modos de valoración.

Al señalar que los valores tienen efectos sobre el comportamiento social no se quiere decir que todo el comportamiento sea meramente una expresión de los valores y no tenga otras determinaciones. El efecto de “anclaje” de los sistemas de valores rara vez puede ser captado por análisis restringidos a una cultura o juego de procesos particulares. Para detectar estos efectos se requiere de análisis comparativos.

A pesar de los importantes avances realizados en los últimos años en términos de construcción teórica y de líneas de investigación, el estudio de los valores de los jóvenes se sigue planteando como un desafío teórico y metodológico. Teórico, porque no se ha construido aún un enfoque transversal capaz de describir y explicar los procesos que caracterizan a los jóvenes y a las generaciones, que poseen subjetividades y racionalidades diversas (económicas, políticas, simbólicas), y que se encuentran vinculados a una gama amplia de prácticas y fenómenos sociales que los atraviesan y condicionan; metodológico también, puesto que no se han evaluado suficientemente los alcances y los límites de la aplicación de técnicas cualitativas y cuantitativas en el estudio de los valores.⁸

Los llamados estudios sobre los valores han despertado fuertes críticas. Se ha señalado, por ejemplo, que las encuestas no son capaces de recoger los significados que los entrevistados asignan a las prácticas, así como tampoco de obtener soluciones específicas para los problemas que se plantean. Por otra parte, ¿qué tanto la investigación cualitativa es capaz de captar la multiplicidad de sentidos, los cambios de sus discursos y qué tanto se podrían generalizar sus resultados?

Desde la perspectiva diacrónica, que considera en modo comparativo los datos relevantes concernientes a las orientaciones de los valores, se toman en cuenta los contenidos de sentido particulares de los valores para cada generación distinta y su cambio en el tiempo (Gubert y Abbruzzes, 2000).

Desde la perspectiva sincrónica, que siempre considera en modo comparativo los datos con referencia a las diversas categorías de población, dis-

⁸ Véase *Cómo se estudian los valores* (Mato, 2002).

tintas por características anagráficas, de posición ecológica y del estatus social, nos permiten distinguir las características de los valores, si bien prescindiendo de sus contenidos de sentido particulares, pero que nos indican su estructura.

Si bien en esta investigación no se pretende penetrar y dilucidar del todo los procesos de producción de las valoraciones, se intenta recoger algunos significados atribuidos a las prácticas y a las experiencias, para así dibujar los perfiles de la población joven.

En esta primera aproximación, y tomando en cuenta los problemas planteados anteriormente, se decidió integrar en un marco básico de interpretación de conocimientos de varias disciplinas: la antropología, la sociología, la demografía, la estadística y la psicología social, lo que requiere también de una combinación de herramientas.

Es necesario, por una parte, identificar los puntos de referencia principales de la población estudiada, dibujar un mapa inicial de los entrevistados y las particularidades de su ubicación espacial y de sus características demográficas, sociales y económicas; conocer la extensión de sus prácticas. Eso solo es posible mediante el empleo de metodologías cuantitativas, que a través de instrumentos como la encuesta, permiten obtener representatividad, a la vez que extensión.

Por otra parte, importa conocer los cambios en la esfera de la vida privada, los significados que se atribuyen a la intimidad y al éxito. Ello se logra a través de metodologías combinadas, que hacen posible profundizar en los contenidos que les son atribuidos por la población joven. El análisis de léxico permite aproximarse a este campo.

Existe otra razón adicional para combinar metodologías. Estas ponen en juego distintos factores contextuales de las percepciones, de las actitudes y de los valores, y por lo tanto, revelan diferentes facetas de la realidad social. Es decir, si bien los resultados son de orden distinto, se complementan entre sí. Aunque optar por la combinación de metodologías impone obligaciones adicionales al investigador, se justifica hacerlo.

Este método no solo proporciona la representatividad y la riqueza mencionadas, sino que ofrece la posibilidad de cotejar unos resultados con otros, lo cual es una forma de validación adicional a la propia de cada metodología, logrando así un mayor rigor en la investigación.

2. Instrumentos de la investigación

En la investigación se recurrió al uso de la encuesta y al análisis de léxico. Con este propósito se diseñó un cuestionario de opinión dirigido a

recoger las percepciones, las actitudes y las condiciones de vida de los entrevistados, con preguntas abiertas dirigidas a recoger las asociaciones y las concepciones que los entrevistados tienen del éxito y de la intimidad.

El cuestionario consta de 144 preguntas cerradas y 13 preguntas abiertas, e incluye una sección sociodemográfica, que permite captar datos relativos a las características y condiciones de vida de los entrevistados y al equipamiento de sus viviendas (anexo II).

3. *Diseño muestral*

Construcción de regiones

Se dividió el país en cinco regiones geográficas, con características comunes, de acuerdo con las regiones establecidas por el gobierno federal, para el desarrollo sustentable, las cuales son:



Región centro: Distrito Federal, Hidalgo, Estado de México, Morelos, Puebla, Tlaxcala. Región noreste: Coahuila, Chihuahua, Durango, Nuevo León, Tamaulipas.

Región noroeste: Baja California, Baja California Sur, Sinaloa, Sonora.

Región centro occidente: Aguascalientes, Colima, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Querétaro, San Luís Potosí, Zacatecas.

Región sur-sureste: Campeche, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz, Yucatán.

Por lo tanto, se obtuvieron estimaciones válidas a nivel nacional y para cinco regiones del país.

La distribución de la muestra se presenta en el siguiente cuadro:

Cuadro 1 Distribución de la muestra						
Estratos de acuerdo con los tamaños de localidad	Centro	Noreste	Noroeste	Centro-occidente	Sur-sureste	Total
100,000 +	300	300	300	300	300	1,500
15,000 a 99,999	200	200	200	200	200	1,000
2,500 a 14,999	200	200	200	200	200	1,000
Menos 2,499	300	300	300	300	300	1,500
Total	1,000	1,000	1,000	1,000	1,000	5,000

El diseño de la muestra se consigna detalladamente en el anexo metodológico I (anexo I).

4. *Levantamiento*

La encuesta nacional levantada durante la última semana de agosto y las dos primeras semanas de septiembre de 2012 implicó entrevistar en vivienda a 5,000 personas de 12 a 29 años en 29 entidades federativas, 126 municipios y 375 AGEB⁹ de localidades urbanas y rurales.

5. *Variables de estudio*

Las variables consideradas en la encuesta fueron las siguientes:

- *Variables sociodemográficas y socioeconómicas de la población objeto de estudio.* Se tuvieron en cuenta variables como el sexo, la edad, el nivel de

⁹ Áreas geoestadísticas básicas: unidades en las que el INEGI ha dividido el territorio nacional para su estudio.

escolaridad, la condición de actividad, la escolaridad de los padres y su ocupación, así como las características del equipamiento de los hogares de los encuestados. Con estas variables se puede esbozar un perfil sociodemográfico y socioeconómico, sus características generales y especificidades. Se indaga, además, acerca de la permanencia y la salida de los jóvenes del hogar paterno.

- *Educación.* Se recogen las evaluaciones de la escuela en donde se estudia o se estudió. Las percepciones acerca de la organización curricular y de los maestros, la presencia de inseguridad y violencia. Se toman en cuenta las preferencias de estudio hacia una carrera profesional o técnica.
- *Trabajo.* Se toman en cuenta las preferencias por el estudio o el trabajo, así como la incertidumbre para conseguir uno y conservarlo. Se recogen las concepciones acerca de lo que se considera más importante para conseguir trabajo.
- *Salud.* Se abordan el acceso a los servicios de salud, la salud sexual y reproductiva, la procreación y la diversidad sexual.
- *Familia y pareja.* Se recogen las percepciones sobre los géneros y la diversidad sexual, las preferencias sobre el matrimonio y la organización social.
- *Percepciones sobre los problemas del país y de los jóvenes.* Se tienen en cuenta las percepciones sobre la situación que atraviesa México, y en particular los problemas principales en la vida de los jóvenes.
- *Movilidad social.* Se abordan las percepciones y se recogen las expectativas sobre las oportunidades para el futuro que posee la población entrevistada.
- *Valores y cosmovisiones.* Se indaga por los ámbitos de socialización y por las agencias de transmisión de valores. Se toman en cuenta los procesos de socialización y transmisión de modelos culturales: las concepciones de la felicidad, el éxito, la satisfacción con la vida y la intimidad. Se analizan, de forma general, los valores para el cambio social, las orientaciones de valor sobre la confianza interpersonal y en los actores políticos y sociales; se exploran las preferencias acerca de la identidad y de la tolerancia.
- *Religión.* Se investigan las preferencias religiosas y el papel de las distintas creencias en la vida de los jóvenes.
- *Exposición y consumo de los medios de comunicación masiva.* Se tuvo en cuenta el acceso, el consumo y los usos de los medios de comunicación masiva y de los medios electrónicos de la población objeto de estudio (medio de comunicación que más se utiliza, preferencias,

- y tiempo de exposición al mismo), credibilidad de los medios, la participación en redes electrónicas, así como la disposición a dar a conocer en público temas relativos a la vida privada.
- *Derechos humanos y discriminación*. Se indaga sobre el ejercicio de los derechos humanos, la tolerancia y las experiencias de discriminación.
 - *Acceso a la justicia*. Se tienen en cuenta las actitudes y disposiciones con respecto a tomar justicia por mano propia, la cultura de la legalidad y el respeto a la ley.
 - *Inseguridad y violencia*. Se exploran las preferencias y actitudes sobre la pena de muerte, la seguridad o la libertad y la tortura. Se indaga sobre la delincuencia y la victimización.
 - *Política y participación en organizaciones*. En este apartado se tuvo en cuenta la participación de los entrevistados en diferentes tipos de organizaciones, en particular las relacionadas con la política. Se recogen también el interés en la política, los niveles de información sobre política, las simpatías con un partido político.
 - *Estilos de vida. Usos del tiempo libre*. De igual forma, se analizó esta esfera a través de las opiniones y de las percepciones que posee la población objeto de estudio, las preferencias y los deseos.
 - *Equipamiento electrónico*. Se pretendió analizar a través de esta línea analítica la posesión de bienes electrónicos para la comunicación y la participación en la red.

En el diseño de la investigación y en cada uno de los capítulos que componen este texto se conjugaron los análisis de varios investigadores.

Participaron los investigadores del Área de Investigación Aplicada y Opinión del Instituto de Investigaciones Jurídicas, así como investigadores invitados. Mauricio Padrón Innamorato tuvo a su cargo el análisis demográfico y la construcción de los perfiles sociodemográficos, las condiciones socioeconómicas de los jóvenes entrevistados y la sección de prestaciones laborales, préstamos, ahorro y negocio del apartado de trabajo. Héctor Santana desarrolló la sección dedicada a la educación. Tristano Volpato tuvo a su cargo, principalmente, los capítulos de trabajo, familia y movilidad social, en el cual participaron también Agustín Morales y Eliza Osorio; Patricia Vargas tomó la responsabilidad del estudio de las preguntas relativas a la sección de salud. Erika Tapia participó en el diseño de preguntas de género del cuestionario; Agustín Morales Mena analizó los temas relativos a la discriminación, a los valores de género y a la diversidad. Jorge Tello estudió las visiones del país, el medio ambiente y la religión. Julia Isabel Flores de-

sarrolló lo referente al malestar de una generación: cosmovisiones y valores, así como ¿la nueva esfera pública? Omar Alejandro Galáz realizó la sección de nivel de información y uso de medios. Por su parte, Miguel Ángel García Olivo estudió los temas relativos al acceso a la justicia. Carlos Silva Forne tuvo a su cargo el análisis de la violencia y la inseguridad. Eliza Osorio desarrolló el capítulo de política, en el que también colaboró con una sección Agustín Morales.

Julio César Hernández León desarrolló el diseño muestral de la investigación y se hizo cargo del análisis estadístico, en el que también colaboraron Silvia Vergara Pascual y Arturo Chávez Flores. Daniel Patlán se encargó de elaborar las gráficas y los cuadros, con el auxilio de Navorina Díaz Pineda, Rocío Madrigal López, Saraí Olvera Martínez, Teresa de León Escobedo y Eloísa Tirado Mayo. La realización del trabajo de campo estuvo a cargo del licenciado Juan Carlos Licea.